

CARLOS RAMOS GASCÓN

PSICÓLOGO CLÍNICO

El primer contacto que tuve sobre el tema de las psicopatías fue al final de mis estudios universitarios, en los tiempos de cuando entonces. Un psicólogo que trabajaba en aquella época en el Hospital Psiquiátrico Penitenciario de Carabanchel me refirió, todavía impresionado, un episodio que habían tenido unos meses atrás. Me estoy refiriendo al año 1974 ó 1975, no recuerdo con precisión.

Uno de los internos, diagnosticado de psicopatía, llevaba largo tiempo observando una conducta modélica. Tanto sus progresos como su integración en las actividades del centro, sus actividades y disposición a colaborar en todo lo que se le solicitaba, hicieron pensar a la mayoría de los integrantes del equipo de tratamiento que merecía la pena darle una oportunidad, en aras de su integración social. En contra de la opinión de nuestro colega -quien se remitía a los antecedentes de gran peligrosidad del interno, corroborados por las entrevistas, test, informes, etc., que en aquella época se le practicaron- se decidió darle un fin de semana de permiso. La posterior investigación policial demostró que el interno, una vez fuera del centro penitenciario se dirigió "...en línea recta, como quien dice..." al domicilio de su antigua amante que, lamentablemente, seguía viviendo en su domicilio de siempre, y que el sujeto, por supuesto, conocía muy bien. Valiéndose de un arma blanca mató a la mujer con un ensañamiento que dejó impresionados a investigadores muy curtidos en estas lides. Una vez reintegrado al centro psiquiátrico penitenciario, volvió a observar una conducta perfectamente integrada y colaboradora, como si nada hubiera sucedido.

Repasando informaciones, sucesos y reflexiones a lo largo del tiempo, recuerdo también lo que me refirió un familiar, que fue un alto cargo policial, acerca de la asesina de ancianas de Barcelona. Se dio la circunstancia de que esta mujer trabajaba en una cafetería-restaurante próxima a la comisaría de Vía Laietana. Se trataba, me comentó, de una excelente cocinera, y, comprensiblemente, los policías, en los sucesivos turnos de su difícil y siempre estresante trabajo, se escapaban a comer (o cenar) allí, en cuanto podían. Esta mujer, de apariencia corriente, a lo largo de los años observó en su trabajo un comportamiento completamente normal. "Nunca pudimos imaginar que fuera capaz de hacer cosas así".

En mi experiencia, respecto del tema de las psicopatías, hay aspectos que me preocupan. Uno de ellas, la creencia, quizá subliminal, de que estos temas son "cosa de hombres". Nada menos cierto, como apunta la anterior cita sobre la asesina de ancianas barcelonesa. Admito que debe ser más frecuente entre el sexo masculino. Algo más frecuente. Sucede que la mujer, por sus condicionantes biológicos, puede ser menos espectacular, es decir, con una capacidad de disimulo mucho mayor, y en consecuencia, es más probable que sus acciones pasen más fácilmente desapercibidas.

Otro se refiere a la connotación abusiva que socialmente se viene haciendo del término "psicópata". Cualquier persona que nos caiga mal o cuyo comportamiento nos desagrade –vecinos, camareros, familiares, taxistas,

psicólogos, peluqueros, etc...- "...es un psicópata". Con este proceder lingüístico trivializamos y vaciamos de contenido lo que es una realidad selectiva, generando así una sutil indefensión social respecto de una triste realidad.

He escrito una triste realidad que nos deja indefensos porque existen una serie de clichés y prejuicios que son necesarios desactivar. En efecto, sigue habiendo en torno a la psicopatía y sus variantes un clima bastante novelesco y/o peliculero. Un psicópata no tiene por qué ser un serial killer, ni viceversa. De hecho, muchos de ellos no van a derramar una gota de sangre en su vida. Como en el ejemplo anteriormente apuntado, no tienen por qué tener mala catadura. Pueden ser personas de apariencia inquietantemente común. Y al contrario, personas que a lo mejor tienen un semblante algo siniestro, resultan tener gran calidad humana. Hay, pues una serie de mitos sobre las psicopatías que es necesario desactivar, en un ejercicio de higiene social.

Asimismo, es cierto que existen los denominados psicópatas de guante blanco. Quizá nunca ocasionen un daño físico, pero destrozan emocionalmente a personas, parejas, hijos, familias, negocios... Generando en derredor un gran sufrimiento emocional, o, como se expresa actualmente, relaciones tóxicas. Y por lo mismo, con una notable capacidad para la mentira. El propio Hare, una de las mayores autoridades en estas cuestiones, reconoció la cantidad de veces que ha sido engañado por estas personas.

Recuerdo, también, lo que me explicó una de nuestras autoridades en psiquiatría forense, y a quien siempre agradeceré su amistad y consideración, además de alguna cita personal en una de sus principales obras. Este ilustre profesional me explicaba que con el tema de la psicopatía, en rigor, no es suficiente establecer una diferenciación entre nosotros y ellos. Es necesario reconocer, además, que en el trasfondo de toda persona normal existe un núcleo psicopático dispuesto a aflorar en determinadas condiciones. Se trata de una enseñanza humana esencial que me brindó un profesional tan ilustre. Sabía muy bien de lo que hablaba, uniendo a su vasta experiencia una notable humildad.

Entre los problemas que he atendido a lo largo de mi ejercicio profesional recuerdo el de una mujer aún joven, excelente persona. Lamentablemente, se casó con un hombre que, de novio "...era cortés, incluso exquisito." El noviazgo se desarrolló intermitentemente, ya que ambos vivían en ciudades distintas. Pero ya en el mismo viaje de luna de miel, y desde el primer momento, "...su actitud cambió radicalmente." Se mostró como un hombre seco, reconcentrado y, desde luego, con una agresividad que antes no había mostrado. Esta mujer recordó siempre con dolor cómo estando embarazada de siete meses, una tarde fue objeto de repetidas agresiones, temiendo perder el hijo de su tercer embarazo. El hombre añadió que "...voy a pregonar por ahí que no es hijo mío, y mientras se demuestra lo contrario, tú sufres." Después de un difícil proceso, la mujer logró la nulidad matrimonial. Sin embargo, los problemas no cesaron con la separación ni la posterior nulidad. El padre de sus tres hijos sometió a la familia a un continuo sabotaje y acoso. Por ejemplo, valiéndose de que su profesión, agente comercial, le permitía una gran flexibilidad horaria y aprovechando que la madre tenía que cumplir la jornada laboral típica de su horario de trabajo, acudía a la salida del colegio, y acosaba sistemáticamente a las niñeras que acudían a recogerles, con lo que con lo que casi todas, asustadas, se marchaban a los pocos días. Asimismo, había fundadas sospechas de que este sujeto abusaba

sexualmente de los hijos, y –como hecho repetido y demostrado- se negaba a que éstos recibieran asistencia psicológica. Con el adecuado asesoramiento, se le hizo ver a esta mujer que la única salida, para la grave problemática familiar que sufría, era la de hacer que su ex experimentase una situación similar, aunque, obviamente en otro contexto, a la que ella estaba sufriendo. En concreto, se trataba de hacerle experimentar de una determinada manera que a él también se le podía provocar un cierto caos–incontrolable para él- en su vida cotidiana. Fue un proceso difícil. Como era previsible, su reacción inicial consistió en una huida hacia delante, de la que se advirtió a la mujer. Pasada esta fase, y siguiendo con la acordada estrategia, este sujeto empezó a ceder, incluso a claudicar, de forma coherente. Una de las situaciones que más desconciertan y desmoralizan al acosador, es que la víctima logre dar la vuelta al calcetín y le convierta en acosado. Desgraciadamente, es verdad que muchas veces esto no es factible. Pero a poco que se pueda, la víctima esto es –exactamente- lo que tiene que poner en práctica, superando su shock y bloqueo inicial. Aviso para navegantes.

En otro caso que atendí, se trataba de un hombre de buena posición social. Quería mi intervención para lograr que su mujer, en trámites de divorcio, volviera a él. Se trataba de una persona tranquila, notablemente controlada y de trato agradable. Finalmente, después de un cierto número de sesiones, me propuso que yo sometiera a su todavía mujer a hipnosis, ya que tenía fuertes sospechas de que ella mantenía relaciones sexuales con dos de sus cuñados, es decir, hermanos de la mujer. Bastaría que ella asegurase bajo trance hipnótico su inocencia, o en todo caso, que no lo volvería a hacer. Obviamente, me negué, explicándole además la imposibilidad de una demanda semejante: en realidad –en contra de lo que creía mi consultante- es imposible obligar a una persona hipnotizada a decir o hacer nada en contra de su voluntad o conveniencia. Reconozco que nunca he podido olvidar la sonrisa fría y llena de rencor que me dirigió cuando vio defraudadas sus expectativas. No volvió a aparecer por mi consulta.

Puedo poner otros ejemplos, pero lo que importa es lo siguiente: el consejo que yo podría dar a mis colegas es que aunque no sean especialistas en estos temas, siempre tengan en cuenta la posibilidad de que se les presenten casos de este tipo. Habrá que afrontarlos con naturalidad, y con un cierto estado de alerta. Teniendo en cuenta que tanto si la persona con psicopatía se postula como posible paciente –posibilidad rarísima-, casi siempre para que atiendan a otro u otros de su entorno, pretendiendo que el psicólogo o psiquiatra se convierta en un aliado comprensivo.

Mi consejo, también, para mis colegas, es el que sigue: ante la sospecha de que, de forma directa o indirecta, se esté ante un caso de psicopatía, no vacilen en tomar determinadas medidas de seguridad profesional/personal. Es así. Casos de abusos de cualquier tipo, de maltrato, de acoso –acoso, que por cierto, pueden extender a quienes atienden profesionalmente a sus víctimas y familiares- aconsejan a los profesionales implicados a que estén física y personalmente prevenidos. Comprendo que es una realidad psicológicamente incorrecta. Pero es la realidad. Nuestra profesión es para gente valiente, pero como una cosa no quita la otra, también para profesionales que se saben proteger.

Si bien consideramos que la psicopatía es un trastorno de conducta que no tiene por qué afectar el sentido de realidad, y por lo tanto, desde el punto de vista penal, sus acciones son plenamente imputables – respecto de lo cual estoy completamente de acuerdo- en mi opinión, una cosa no quita, clínicamente, la otra. Con esto quiero decir, que por lo observado, la realidad apunta a que la psicopatía –más allá de las causas que se le puedan atribuir- puede implicar una permeabilidad a otro tipo de trastornos: fobias, trastornos obsesivos, desviaciones sexuales –y en

particular, tendencia al abuso de menores-, reacciones explosivas, carácter asocial combinado con tendencia al abuso emocional, y también económico, facilidad para la negación, mentira o trastornos facticios

Repasando mis observaciones, puedo confirmar que es frecuente la combinación con facilidad de relación y fluidez en sus relaciones sociales con un–incongruente o paradójico- aislamiento en su vida privada. Con esto, no pretendo afirmar que las personas que presenten este contraste tengan forzosamente una psicopatía. Pero en mi opinión, sí es una paradoja frecuente, sobre todo en los casos que el íntimo y paradójico carácter asocial es ocultado con extraordinario sigilo.

Una observación quizá más sutil y que no recuerdo haber leído consignada en un estudio sobre el tema, es la siguiente: la personalidad psicopática se suele ver poseída por un curioso sentimiento que denomino “la prepotencia de la impunidad”, que, en mi opinión, es esencial si se quiere tener alguna posibilidad de desactivar sus estrategias. En efecto, si se logra inyectaren sus estrategias y sistemas de conducta algunos factores que les desconcierten y/o que sientan que no van a poder controlar, sus víctimas tienen mucho terreno ganado, aunque les quede mucho por batallar. Menos, es nada.

Asimismo, he observado que respecto de estos sujetos nos encontramos con el mito del elevado nivel intelectual del psicópata, cosa que, indudablemente, puede ser cierta en algunos casos, como igualmente en otros que no tienen nada que ver con la psicopatía. Se trata, en mi opinión, de un enfoque equivocado. Las personalidades psicopáticas que he observado eran, casi todas, de inteligencia normal –y alguna, ligeramente por debajo de la media-; pero es cierto que todas tenían unas características comunes en cuanto a su capacidad de manipulación, que podríamos calificar de instintiva. Esto es distinto, por favor. Con ello quiero decir, claramente, que una cosa es tener una elevada dotación intelectual y otra ser, sencillamente listo, astuto, retorcido, o lo que se quiera poner. Estoy seguro, por ejemplo, que si repasáramos la literatura picaresca de nuestro Siglo de Oro, nos encontraríamos en ella con diversos y pintorescos ejemplos de personalidades psicopáticas. No hay más que traducirlo a los tiempos que nos tocan vivir. En el caso concreto de Quevedo –en mi opinión un psicópata de la pluma y del tintero, cuanto menos- pienso que habría comprendido muy bien estas consideraciones.

Dado que la personalidad psicopática es consciente, en principio, de la realidad, como cualquier otra persona corriente, la pregunta que con frecuencia me he formulado es: ¿Es asimismo consciente de su propia psicopatía? Aún lo ignoro. Pero me consta que en muchos casos, procuran informarse sobre su tema.

En relación con lo anterior, encuentro que la personalidad psicopática tiende a un contacto emocional sustitutivo en su interacción con su realidad humana.

Hay, finalmente, un punto que no se ha tratado, siempre en mi opinión, y me parece de gran importancia: la relación de la persona con psicopatía con su esquema corporal. Con esto quiero decir lo siguiente: en la interacción física, por lo que implica de lenguaje no verbal con otras personas, la persona con psicopatía, instintivamente, pretende establecer un juego descompensado, asimétrico, pero nunca formulado explícitamente, según el cual yo te puedo tocar a ti, pero tú no me puedes tocar a mí. Si la presunta “víctima” cae en la cuenta de este juego y se niega a seguirlo, ésta constituye una de las mejores tácticas para defenderse. Una de las conclusiones: para defenderse de una interacción psicopática, es de la mayor importancia darse cuenta y tener reflejos para “nombrarle el juego” desde el principio.

Abundando en lo anterior, lo que he observado es que la persona con psicopatía es particularmente intolerante al contacto físico más o menos normal, si le coge por sorpresa. No así, si lo ve venir. Punto a tener en cuenta. En mi opinión, es un punto importante, y que se relaciona con una observación anterior: no es buena noticia una persona muy sociable y de la que se descubre un notable aislamiento en su vida privada.

Estas son las notas que yo quería escribir, según mi leal entender y saber adía de hoy, sobre el tema de la psicopatía.